

Homenaje a Don Enrique Molina

DISCURSO DE DON JUVENAL HERNÁNDEZ RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE (1)

Una invitación a meditar sobre lo que significa en la evolución cultural de la República la vida de don Enrique Molina, me ha parecido el deseo de los organizadores de que sea yo quien le exteriorice la honda estimación que sentimos hacia él todos los que en este instante nos reunimos a su alrededor. Nada es más enaltecedor para mí que este mandato, ni nada me enorgullece tanto como la oportunidad que me ofrece de rendir al señor Molina un tributo a que estoy obligado, no sólo por la investidura que el destino me ha deparado sino por lo que él significa en la trayectoria que he recorrido desde los lejanos tiempos de mi permanencia en el aula escolar del Liceo de Concepción.

Yo quiero despojarme hoy de todo atavío literario para dar expansión a ese cúmulo de delicados sentimientos que la discreción oficial me obliga a silenciar

(1) Este discurso y los siguientes fueron pronunciados en el acto celebrado el 3 del presente mes en la Universidad de Chile, con motivo de haber cumplido el señor Enrique Molina cincuenta años de actividades docentes y literarias.

o a encubrir con el velo de la austera parsimonia para hablar con la sinceridad honda del que no tiene más código que los libres impulsos de su honradez de propósitos.

Hace treinta años, vino fraternalmente hacia nosotros un nuevo maestro, desde el silencio de las serranías del norte, donde la tradición, la leyenda y el paisaje se compenetraban. Los huertos familiares, los peñascos, los antiguos poblados, le dieron la persistente visión de patria buena. Fué allí, tal vez, en la quietud de aquel cielo serenense, donde se inició aquel interminable estudio que no dejó de enamorarse de ningún secreto del pensamiento y la belleza.

Ya entonces, sus alumnos veíamos en él a un hidalgo del pensamiento, cuya fisonomía empezaba a semejarse, en su madurez ascética, a la figura de los antiguos héroes con que soñábamos. Alguien dijo de él que parecía una espada toledana «flexible, a veces, pero siempre de acero». Su palabra cálida se iba abandonando en la intimidad de sus lecciones para llegar a la expresión enternecida de un paternal estímulo para nuestro trabajo intelectual. Estábamos seguros de que jamás podríamos contar con un amigo más leal ni más generoso, ni más bueno ni más abnegado. Lo oíamos como a un apóstol, y sus discursos nos incitaban siempre a la atención. No hubo ningún otro que fuese escuchado con igual veneración y respeto. Nos seducía su sencillez, su talento, su candor, la rectitud de su carácter.

Pero, estoy en la imposibilidad de resumir su obra y su vida en tan rápida síntesis. Significa demasiado para el país y significa demasiado para nosotros este hombre para que podamos estudiarlo con la frialdad de la crítica. Digamos sólo que honra a Chile como educador, como filósofo y como ciudadano. Los que hemos frecuentado su trato y hemos participado de su conversación sapiente, junto a los anaqueles interminables y en la dulce vecindad de las imágenes que resumen sus creencias y su admiración, tenemos, más que sus lectores habituales, la conciencia de lo que es y de lo que vale, pues comprendemos mejor la magnitud de ese corazón y de ese cerebro en sus matices escondidos y poco visibles para la multitud.

Cuando lleguen otros tiempos, y los hombres que viven preocupados de los problemas humanos vuelvan su vista hacia nosotros y hacia nuestra época atormentada y caótica, intentarán explicar la propensión utilitaria de las multitudes, a preocuparse casi exclusivamente de los humildes menesteres adscritos a la conservación de la vida, y el abandono de todas las inquietudes espirituales que levantan a los hombres a más altos niveles, en busca de los medios de alcanzar una armonía más perfecta dentro de la convivencia humana y una aproximación más efectiva al Supremo Bien. Extenderán su vista a este lejano rincón, y de los escombros de una cultura rudimentaria, verán emerger la figura del señor Molina, serena en la frialdad del ambiente, inquieta y sedienta de ideales in-

alcanzables. Y la gente de la tierra, más comprensiva en sus momentos culminantes, habrá de darse cuenta de lo que él significa en nuestros incipientes afanes de elevación filosófica.

La suya es una vida de esfuerzo continuado, de empeños que se dilatan por más de medio siglo, fructíferos y ennoblecedores, que se prolongan en múltiples direcciones. Pero todos sabemos que la existencia es un encadenamiento de sucesos en que se alternan los dichosos y los adversos, y que las realizaciones de nuestros proyectos valen con frecuencia sólo en cuanto realizaciones; pues no siempre se acompañan de la satisfacción del éxito. Amargores y no sentimientos placenteros son comúnmente la cosecha de nuestros desvelos. Y si no contáramos a nuestro lado con el apoyo y la voz reconfortante de los que verdaderamente nos estiman, careceríamos de legítimas compensaciones que dan la razón de ser a nuestras cotidianas labores. Los que seguimos al maestro, si no en la plenitud de sus múltiples y complejas inquietudes, por lo menos, en este darse incondicionado al bienestar colectivo, sabemos lo que significa este momento de convivencia con los que en el silencio nos exhortan a seguir en la ordinaria brega y que a la distancia sufren por nuestros quebrantos y se alborozan cuando esquivamos la artera suerte o resistimos la vorágine que se agita en torno nuestro y nos sobreponemos a sus acechanzas.

Por eso estamos aquí, unos por gratitud, otros porque vemos en el señor Molina un intérprete genuino

de nuestras íntimas aspiraciones, otros por la fascinación que ejerce con la afabilidad de sus modales, la claridad de su talento, y por ese «dechado de su personalidad, a la vez batalladora y tranquila, suave y recia», como dijo un poeta de expresión afortunada.

* * *

En cualquiera de sus aspectos que se le considere, y a donde quiera que se le siga, encontramos siempre en él algo edificante y digno de imitación; ya es la agilidad en el concebir, el rigorismo de su dialéctica, el tino para no descender y el ansia de altura que se adivina en todas sus actitudes. Y frente a lo irremediable sabe suavizar asperezas, y sin amargura se refugia en sí mismo con la dignidad de un Marco Aurelio o con la majestad de un Boecio.

Cuando se contempla a los que ayer fueron adolescentes y escucharon con una especie de místico arrobamiento la magia de su palabra, honda, conmovedora y llena de sugerencias, y que ahora vemos distribuidos aquí y allá, en situaciones respetables, surge en nuestras almas una pregunta que nos hace calcular en qué medida el señor Molina ha contribuido al logro de sus aspiraciones, de ese constante impulso interior que dignifica la vida. No nos es dable aun saber qué reacciones del alma son debidas a nuestros padres y qué a nuestros profesores; pero es indudable que no es el conocimiento impersonal que nos transmiten, lo que a

ellos les debemos y lo que determina nuestra individualidad, como un valor efectivo en el medio en que actuamos. Son ciertas maneras de proceder, es el conjunto de pequeños detalles y de actos relevantes lo que transmigra del padre al hijo, del maestro al alumno, lo que le da recursos para discernir con claridad, para intuir lo inesperado y tomar resoluciones oportunas y eficaces.

Sin embargo, para que este milagro se realice, se requiere que ese padre y ese maestro sea rico en dones de inteligencia y de bondad, y que tenga la virtud de interpretar con fiel acierto los supremos intereses de la Patria, nobleza, abnegación y perseverancia en el esfuerzo. Debe estar adornado, además, de un constante deseo de ir más allá, de trasponer cada día un nuevo jalón en el camino interminable del saber y la perfección moral.

Estas reflexiones nos sugiere la personalidad del señor Molina, porque en ella hemos visto realizadas las concepciones teóricas que tenemos de lo que debe ser el verdadero maestro. Ellas dan además la explicación de que hoy nos encontramos en torno suyo. ¿Cuántos hombres en nuestro mundo, ni pequeño ni desmedrado, han emergido entre la multitud gracias a la idoneidad del ejemplo que él les ha dado? ¿Cuánto beneficio no ha recibido la República en su cuádruple aspecto, cultural, moral, social y económico, si se le mira en este solo plano de sus actividades docentes?

Pero el señor Molina presenta otras fuentes y otros cauces en que se vierte a raudales en los campos del pensamiento universal. Con su obra filosófica, sale en busca de más amplios horizontes, traspone la frontera y piensa como ciudadano de América. El es la primera manifestación, de auténtica originalidad, de que hemos entrado a la etapa de la madurez espiritual y de que podemos esperar frutos más sazonados en un futuro cercano. A la inversa de muchos pensadores de su estirpe, no cava un abismo entre él y su ambiente. Su palabra es captable por todas las inteligencias, porque habla un lenguaje de apóstol, y así, serenamente, sin las ostentaciones de ciertos filósofos de oropel, nos conduce a los más altos planos del pensamiento abstracto. Y entonces nos sentimos más cerca de su yo, y así como él se adueña de nosotros, nosotros sentimos que nos apropiamos de él.

Por sus virtudes excepcionales de pensador, de maestro, de hombre y de amigo, le seguimos en su trayectoria, vibramos al compás de sus inquietudes, nos congratulamos con sus triunfos y soñamos con una vida exenta de los quebrantos que hoy agobian al mundo.

En los momentos en que cumple cincuenta años de ininterrumpida labor docente, la Universidad de Chile lo saluda por mi intermedio y lo presenta ante la faz del país como una enseñanza y un ejemplo.

DISCURSO DE LA SEÑORA AMANDA LABARCA

Miembro del Consejo de la Universidad de Chile

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir», dijo siglos atrás el primero de los poetas elegíacos del habla castellana. Nos aparejamos todos en nuestro destino mortal; mas, cuán infinitamente diverso es el caudal de esos ríos, sus virtudes, su belleza y los campos que atraviesan como torrentes despeñados o como Nilos que los enriquecen en utilidad y lozanía.

Hay quienes atraviesan el tiempo como los ríos los espacios, bíblica y fecundantemente. Y pocas veces le es dado a un pueblo regocijarse y honrarse con la magnificencia de una vida como la de don Enrique Molina, amplia, dilatada y multiforme.

No es el momento de hacer un recuento de sus obras pedagógicas, de sus libros de viaje, de sus producciones filosóficas. Analizarlas es tarea de volúmenes de apretada exégesis. Testigo cariñoso de gran parte de su existencia, quiero referirme en especial a su sino de sembrador de cultura y de creador de ambiente.

En los países latinoamericanos, cuya mestización está aun inconclusa, en que las letras como la producción económica, la riqueza como la moral se hallan distribuidas en forma extremadamente dispar, solemos caer en error al estimar el ambiente por los altos picachos de un escaso número de gentes espiritualmente dilectas.

Rindiéndoles justiciero homenaje nos olvidamos de la gran masa, huérfana aun de los goces de las ciencias y las letras, cuando no de aquellas normas de bienestar que señalan al hombre civilizado. Nos imaginamos un pueblo culto porque hemos tenido la suerte de ver descollar las altas cumbres de algún poeta o de un escritor de fama continental. Es verdad que ellos levantan una enseña que sirve de guía y aliciente a muchas generaciones jóvenes. Que el honor que nos brindan, que la belleza con que nos embriagan, no nos haga olvidar, sin embargo, que su voz, con ser tan pura y enhiesta, alcanza sólo al número escaso de privilegiados que leen y saborean sus producciones que apenas si, por excepción, llegan a la profundidad de su pueblo ignaro. El bajo nivel de vida, el analfabetismo, la pobreza que urge a rendir todas las energías en la busca del cotidiano yantar, oponen un muro espeso e impermeable a la ciencia, y a la poesía que no sea la que nace espontánea de los propios corazones.

Este fenómeno rara vez es visible desde los bancos de la Universidad central o de los medios refinados de las capitales, pero se advierte cada vez que el hombre culto ha de actuar en centros alejados y poblanos. Trabajar en ellos como lo ha hecho don Enrique Molina, infatigablemente y optimistamente, abriendo con su presencia, con su enseñanza, con el ejemplo de su propia vida, brechas en ese muro, es a la par que obra de letrado, acción prócer. Su paso por las ciudades de Chillán, de Talca y de Concepción abrieron a sus

gentes nuevas formas de contacto con aquella porción del mundo culto para la cual la impalpable harina de la filosofía es tan urgente como la otra de la que se amasa el pan.

Sembrador de cultura y creador de ambiente.

Es posible clasificar a los humanos en dos grandes grupos: en aquellos que se identifican con el medio y lo sufren sin rebeldías, y aquellos otros que afirman de tal modo su personalidad que luchan airada o silenciosamente por vivir de acuerdo con sus propias normas. En contacto con el ambiente mediocre sórdido o indiferente, ellos concluyen por introducir modificaciones que son otros tantos surcos de promisión. Los que hemos tenido que ver con muchachos egresados de la Universidad, les hemos escuchado en múltiples ocasiones frases como esta: no puedo irme a provincia, el medio me aplastaría. Y otros: estuve en un poblacho en que sólo sabían de las inquietudes del mundo exterior una media docena de tildados de locos o de chiflados y concluí por vivir como todos; olvidé mis esperanzas y hasta mis propósitos de seguir cultivándome. Unos sufren el medio y, porque no tienen fuerzas o les falta valor, concluyen por someterse a él. Otros luchan toda su vida, luchan con trágico dolor las más veces.

El vulgo que no desea que se turbe la rutina encauzada en la trocha del menor esfuerzo, les pone resistencia de toda especie. En unos es la indiferencia soberbia y sardónica: «ese señor aspira a crear un circu-

lo de estudios literarios, científicos o filosóficos. No lo frecuentes, es una persona que a lo único que aspira es a llamar la atención pública y como no sabe otro modo, lo hace leyendo libros arrevesados e incomprensibles. «Cuando se ha vencido esta indiferencia, cuando se ha llegado incluso a formar dos o tres discípulos, es la etapa del ridículo. «Habrás visto tontería igual: ¡cómo se reirán de nosotros y de ellos en Santiago! No se marque usted con el signo de la carcajada al seguirlos». Se logra, sin embargo, superar esta etapa. Entonces, delante ya de una obra comenzada, sobrevienen las críticas destructoras y corrosivas. «Eso no puede durar. No tiene asidero ninguno en la realidad. Es tan ajeno a nosotros como las margaritas al olmo». Y de todas partes la incomprensión y la rutina y la pereza de aquellos que no quieren que turben la placidez de sus siestas engordadoras, y que en el fondo temen que su ocio se vitupere o que lo sacuda el ejemplo de los pasos del adelantado. Llega el momento del triunfo a pesar de todos los obstáculos, y es entonces el clamor de los que dicen: «pero esa obra, ¿qué tiene de particular? Cualquiera habría podido hacerla; yo mismo si hubiera querido, ¡tan sencilla es!».

Cuántos han sido llevados a actuar en un medio desprovisto de ideas abstractas o de cultura han tenido que sufrir una odisea semejante. La lucha no conviene a los cobardes y a los endeble. Años de paciencia, de actuación tan discreta como la de la gota de agua, de inmovible resolución, de conciencia alerta en todos

los instantes, de capacidad para no ceder ante los halagos del dulce no hacer nada, son indispensables para cimentar una obra de cultura imperecedera, para derribar en parte los muros de ignorancia que oprimen a las masas. El hombre que celebramos hoy ha sembrado cultura allí donde era escasa o no existía; plantó colegios y universidades luminosas para que la juventud se sintiera atraída a sus aulas; tuvo sin descanso el propósito de esparcir su evangelio y actuación personal más allá y por encima de las férulas de los dogmas; no olvidó de frecuentar las páginas de los filósofos y no escatimó sus horas, que pudieron haber sido de solaz, para escribir su breviario de optimismo en que nos enseña que gracias a la fe en las fuerzas espirituales, en una constante actuación ética y superior podemos esperar, aun en las tinieblas demoníacas presentes una humanidad, una patria más culta para mayor honra de sus hijos y de todo el continente. Ha vivido su propia fe. Y ella ha sido tan ejemplar que la patria le es deudora de perenne gratitud.

[Cincuenta años de vida ejemplar! Rindamos el homenaje de nuestra admiración a él y también a la compañera de sus trabajos y de sus días, a aquella que apartó de su hogar los ruidos inhóspitos, que le brindó consuelo en los momentos de desaliento que todos tienen, aun los héroes, que supo poner el óleo de su cariño sobre las heridas con que le ofendiera el vulgo y sus propios émulos enemigos, que comprendió el altísimo objetivo de su vida espiritual y que ahora com-

parte con su marido los honores del triunfo. Honremos en él y en ella al amor, a la amistad, al ejemplo de dos vidas solidarias, limpias y leales. Y digamos a nuestro Chile: Enrique Molina no sólo es el autor de libros que la historia tendrá como jalones de indiscutible importancia en la trayectoria de nuestra ilustración, no sólo es el maestro que supo efectuar la más difícil de las tareas didácticas: la de formar discípulos que continúen la labor, sino también el héroe de infinitas, calladas y pacientes victorias contra medios que al principio le fueron hostiles pero que después se le rindieron al empuje de su talento y de esa virtud suya de vivir alta y honradamente el credo filosófico de su vida.

DISCURSO DEL SEÑOR PEDRO PRADO

Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile

Don Enrique Molina, (Maestro)

Señor Rector, señoras y señores:

Tantas reuniones, discursos y conferencias, se suceden en este salón, que al entrar en él me siento, como si ya estuviese perdido en medio de una enorme multitud cambiante, frente a la cual, gentes innumerables han hablado, hablan y hablarán de las cosas más variadas, dirigiéndose al interés que despiertan, a las

sensaciones que sutilizan, a los sentimientos que incitan, al saber que aclaran, o al simple recreo que tratan de procurar.

Temo, por lo tanto, al hablar a nombre de la Sociedad de Escritores, no ser oído, porque en vez de hacerlo sobre tierras distantes, hombres extraños, o verdades desconocidas, voy, por el contrario, a referirme a un hombre a quien tanto conocemos, que ya parece formar parte de nosotros mismos. Deseo hablar no de su obra, que es mucha y valiosa, sino del principio fundamental que parece informar su personalidad.

Es verdad que este hombre ha vivido largo tiempo con nosotros, y que los seres a los que nos vamos habituando, pasan, con los años a ser, en alguna medida, parte del ambiente que nos rodea, ambiente en el que nosotros mismos nos completamos. Pero tantos otros hombres viven también largamente entre nosotros sin dejar de ser otra cosa que sombras que pasan.

Es verdad que don Enrique Molina siempre se ha encontrado en una situación de preeminencia intelectual, y que hemos tenido muchas razones para admirar su clara inteligencia. Pero también hay otros hombres inteligentes y capaces, a quienes admiramos, que no despiertan en nosotros el eco que él consigue.

Es verdad que durante medio siglo ha ejercido la enseñanza, y que muchas generaciones han recibido con provecho sus lecciones. Pero hay otros hombres que también han ejercido el profesorado durante largos años, hacia los cuales va la gratitud de la nación, sin

alcanzar, la mayoría de ellos, esa calidad de resonancia.

En su dilatada existencia y constante actividad, ha inspirado o iniciado, ha ido ejecutando o dirigiendo obras enormes y trascendentales, como resulta ser la Universidad de Concepción. Pero hay gentes en la enseñanza o en otras actividades que han realizado también obras de trascendencia para la República; pero sólo muy pocas, contadísimas personas, han conseguido penetrar y quedarse en el espíritu de sus discípulos de sus colaboradores, de sus amigos y conocidos.

Yo no pongo a don Enrique Molina por sobre nadie. Hay por suerte para nuestro país, quienes valen tanto como él, y a los cuales va nuestra admiración, nuestra gratitud y nuestro reconocimiento. Pero en don Enrique Molina existe una pequeña luz que le es propia, que brilla suavemente con una continuidad tan sostenida, que no es común encontrarla entre los demás hombres, por grandes y meritorios que ellos sean.

Es una pequeña claridad que atrae, que llama a acercarse a él, como si en la obscuridad de la vida, a la que estamos acostumbrados y en la que nos movemos, no sin a menudo tropezar, se encendiera acogedora una vaga luminosidad que hiciese que todas las cosas y nosotros mismos, sin cambiar en un ápice, fuésemos adquiriendo, poco a poco, más acusados relieves. Como si al mismo tiempo que nos vamos realzando y diferenciando, con mayor exactitud, consiguiéramos en

una forma sutil y penetrante, la vaga conciencia de una unión que se inicia, merced a esa claridad que crece y nos envuelve a todos.

Con esa claridad las cosas quedan siempre constantes, pero nos resultan ser más claras y fácilmente sensibles. La verdad de lo que escuchamos o de lo que decimos, no varía en nada; pero logra ser más sugere. La importancia de los actos ajenos o propios permanece igual; pero diríamos que comenzamos a entrever sus consecuencias diversas, como si sospecháramos de su rumbo y de su destino.

Cuando estamos en presencia de estos hombres de los que algo irradia, la mente no discierne bien lo que en el ser ocurre; no se lo expresa a ella misma con nitidez; pero experimenta la sensación de un agrado creciente, de una preferencia en la compañía, de una clase de amistad que no conoce, y desea vivamente.

¿De dónde proviene este don especial? No es la amistad que nace del compañerismo, y que necesita para alimentarse, de una labor común. No es la amistad que surge entre correligionarios y que crece ajena a ellos, aun cuando los una en los mismos y lejanos ideales. No es tampoco la amistad simple, pero verdadera, de dos hombres que se sienten unidos por una simpatía profunda, directa y cordial.

Tiene de las tres amistades. Participa del vínculo que crean la labor compartida, el ideal común, la cordialidad directa; participa también de la admiración, del entusiasmo, de muchos otros aspectos innumerables.

Es, ¿cómo decirlo con palabras gastadas? algo que se siente como una nueva presencia; la sospecha de encontrarse delante de un maestro; la atracción e inquietud que ejerce sobre nosotros la maestría.

La maestría no es la ciencia, ni es el conocimiento; aunque necesita de ellos. No es la ejecución adecuada o perfecta de algo; aunque es capaz de realizarla. La maestría no es el sacerdocio de un ideal; aunque lo sustenta con inquebrantable firmeza; ni es el sacrificio de él, porque toda prueba, por penosa que sea, la pasa fácil y alegremente.

La maestría no estriba sólo en que a la ciencia y a la pericia, al ideal y al sacrificio, puedan agregarse una cordialidad simpática y radiante hacia los seres y las cosas. Es todo ello junto; pero aun hay más. ¿Qué otra cosa puede haber?

Se nos dijo hace tantos años, que ya lo hemos olvidado: ama a tu prójimo. El hombre, asombrado y confuso, creyó oír un simple y perentorio mandato.

¿Cómo se nos va a mandar de un modo imperativo, que amemos? dijo Kant, sintetizando ese asombro. ¿Cómo se nos va a exigir el amor, cuando la voluntad, nuestra voluntad, no es capaz de actuar sobre nuestros sentimientos? No se nos puede exigir nada más allá de una buena voluntad.

Pero no era un mandato; era una revelación. Ama a tu prójimo y verás qué sensaciones tan increíbles, qué alcances tan extraordinarios, qué conocimientos,

qué sugerencias, qué fulgores vas a experimentar y entrever.

Observa lo que pasa en ti cuando te encuentras ante un maestro. Tu alegría, tu bienestar, tu euforia, tu capacidad provienen de que te es fácil amarlo. Te es fácil porque te acercaste previamente admirándolo; porque sentiste en su presencia, recaer sobre ti su simpatía irradiante; porque en la atmósfera cordial y luminosa que él crea, han comenzado a hacerse perceptibles tantos aspectos ignorados y notables, borrosos antes en la obscuridad.

Maestro, en su sentido trascendente, es el hombre que nos hace fácil el cumplimiento de aquel mandato de amor, quien al darnos la ciencia agregó la consecuencia inagotable de inculcarnos el amor hacia ella, que al compartir un ideal le elevó muy alto, para que siempre cualquiera de nosotros le pudiera divisar brillando por sobre todos los obstáculos que se alzan sobre la tierra. Que al confiarnos particularmente su simpatía, la confió también a todos los demás, sin excepción y que como si por el hecho de repartirla la multiplicase, tal una creciente levadura.

No sé lo que cada cual piense y sienta respecto a don Enrique Molina. Pero desde que lo conocí, hace ya tantos años, la impresión no cambia. Me siento cómodo y alegre a su lado, como si yo también, lentamente, bajo su influjo, fuese siendo un poco más inteligente para comprender, más capaz para ejecutar; más deseoso de ser algo superior a lo poco que en realidad

soy. Como si yo también irradiase algo de la claridad refleja que recibo de su compañía.

Qué fácilmente resulta cumplir con el mandato sobre nuestro prójimo, si el prójimo es un maestro. Un maestro es un prójimo, o próximo, de tan grande proximidad que nos penetra.

Con los maestros es fácil cumplir el mandato de amor porque ellos ya se anticiparon a cumplirlo con nosotros.

El ejercicio de la maestría no sólo es una luz, es también una fuerza. Y es así que después de medio siglo de trabajo incesante, se puede como don Enrique seguir siendo joven en el entusiasmo; que luego de tantas y tantas obras que habrían rendido a muchos hombres, él, que fué quien las hizo, las considere, ya realizadas, con mayor asombro que nosotros mismos; porque durante la época de su ejecución, en verdad, estuvo siempre fuera del tiempo.

¿Qué queremos agregar aún, nosotros con una celebración como la presente?

Para un maestro, el trabajo no ha sido nunca una fatiga, sino una alegría, el deber no ha sido nunca una maldición, sino el medio único de obtener goces más trascendentes; los hombres no le han sido jamás desconocidos o enemigos, siempre fueron el espejo grande o pequeño, perfecto o deforme, velado o transparente de él mismo. Siempre miró a los ojos de sus semejantes con interés continuo, con firmeza prolongada y afec-

to creciente, hasta verse reflejado con claridad en el fondo de todas las oscuras pupilas.

Para un maestro la vida no ha sido nunca una tragedia, sino el asombro creciente ante la extracción continua de una verdad siempre mayor, de una belleza cada vez más alta, de una alegría más y más perfecta, de una conciencia que se va maravillando.

Quizás haya alguna persona que estime que mis expresiones exceden a don Enrique y a cualquier otro hombre. Pues bien, diría yo, para terminar: maestros son aquellos que nos llevan a pensar en la existencia de hombres que exceden la mezquindad de los hombres; y que con ese pensamiento nos dan fuerzas para sobrepasar esa pequeñez.

DISCURSO DE DON TOMÁS GATICA MARTÍNEZ

Director General del Teatro Nacional y de Extensión
Cultural del Ministerio del Interior

Don Enrique Molina

Entre la colina y el río—la verde colina del Caracol—y el Bío-Bío inmenso, que es un mar que duerme . . .

Bío . . . Bío . . .
duérmete río . . .

¿No tiene, acaso, acento de canción de cuna el nombre de este río? ¿No suena como arrullo que hace dormir las aguas?

Entre el río y la colina, el valle frondoso y legendario, y luego la ciudad heroica y patricia—la ciudad de Concepción—y, a poco andar, la Universidad bizarra y en ella el Rector egregio, que es don Enrique Molina, gran señor de la Filosofía y maestro de dos, de tres, quizás de cuatro generaciones... don Enrique Molina, silencioso evangelista del espíritu y que, durante medio siglo, ha hecho de su vida la más generosa dádiva a la cultura de Chile y de toda la América.

Entre el río y la colina ha realizado él su siembra más prolífica. Su labor de maestro, de filósofo, de exégeta, de escritor. Entre la colina y el río su obra máxima hecha cuerpo, alma y corazón—la Universidad suya, la Universidad de Concepción, prestigio de América, que sigue a la vera de nuestra gloriosa Universidad de Chile, realizando su alta misión educadora.

Sin duda que todavía queda un poco de oxígeno en el mundo, para que el pensador y el artista alcancen a sobrevivir; pero día a día se va estrechando el ambiente, y la gran mayoría humana rueda por caminos muy distantes de los senderos del espíritu. Materialismo, fuerza bruta, deleite bastardo, atraen y seducen a las gentes.

En nuestro medio, el estímulo para el artista es muy débil; pero más flaco resulta aún para el pensador, cuya actividad suele considerarse tarea de gente que frecuenta los caminos de la luna.

Incomprensión y desconocimiento de la importancia del espíritu, en estos días de espeso materialismo, en que se anula el pensamiento y se coloca al pensador y al filósofo fuera de la realidad tangible... En esta hora de vorágine universal que, paradójicamente, es también la hora violenta de las conquistas objetivas, de la industria gigante, de la velocidad loca.

Sin embargo, a través de la historia se ve aparecer al filósofo, jefe de escuela o de doctrina, anunciador de verdades científicas que la investigación de otros siglos ha venido a confirmar; al filósofo novelista que actúa sobre la más precisa realidad de su época; al filósofo artista que fija los dogmas supremos de la belleza, y acercándonos, con el tiempo, a los filósofos franceses que echan la semilla de la libertad espiritual, y, por fin, a los filósofos chilenos, a nuestros pensadores del ochocientos, taumaturgos de nuestra vida republicana.

En la actividad filosófica de la Grecia y de la Roma antiguas cabía inmensidad de temas, principalmente sistemas sobre concepciones del mundo, explicados por las viejas cosmogonías, tópicos agotados ya por los avances de la biología, de la física, de la química y de las ciencias relacionadas.

Hoy interesa particularmente al filósofo la investigación subjetiva; y este tipo de pensador es el que hoy representa la expresión más alta de la cultura. Se han dejado ya de mano las incógnitas del mundo para en-

trar en los hondos y complejos dominios del espíritu humano.

Entre tantos pensadores—vasos de elección de toda cultura—se destaca el nombre continental de don Enrique Molina.

Naturalmente que no pretendo yo entrar en su vasto predio filosófico. Para esto sería necesario que me disciplinase mucho en tan graves especulaciones, tarea muy difícil para quien ni siquiera puede optar al título de filósofo de oído... de que hablaba Campoamor.

Sólo quiero hacer unas ligeras referencias a su categoría espiritual en el sentido en que, generalmente, entienden el espíritu los escritores, como lo advierte el mismo don Enrique Molina, discriminando conceptos, en uno de sus libros. Es decir, el espíritu como fuerza predominante en el pensamiento y en la acción de un hombre que ha irradiado la lumbre poderosa de su alma en la cátedra, en el libro, en la vida entera. Hombre encendido de ideales, de ansiedad científica, de entusiasmo realizador.

* * *

«Un libro realmente importante—dice Keyserling—es casi espíritu puro». Esto, dicho por un filósofo, responde naturalmente al sentido metafísico del concepto. Pero mejor me avengo yo con la expresión melodiosa de Stefan Zweig: «El libro es un violín silencioso del que emanan todas las voces de Dios».

En el ensayo y comentario filosófico, en la investigación pedagógica, en el avance crítico, en la impresión personal, en toda su obra, en fin, escudriñando ideas y sentimientos, abordando problemas, interpretando tesis, don Enrique Molina es siempre el viajero ansioso de descubrir el sentido real de la vida y de la muerte.

Es que la intención espiritual, en su sentido vital más alto, predomina siempre en su propósito y orienta y vigoriza su actitud de pensador; y es por esto que el pensador otorga primordial categoría al problema fundamental—el sentido de la vida—motivo de uno de sus libros más trascendentales—por el acopio de razonamientos y de deducciones y por la nítida exposición de doctrinas.

«De todos los problemas filosóficos el que más me ha interesado es el relativo a un concepto o sentido de la vida humana», dice don Enrique Molina en su libro «De lo espiritual en la vida humana», y esto acentúa la categoría de su obra, ya sea explorando el pensamiento antiguo en «La herencia moral de la filosofía griega», o comentando el pensamiento actual en «Dos filósofos contemporáneos—Guyau y Bergson». En esta ardua tarea crítica es donde florece la comprensión sutil del maestro, la destreza para captar, la agilidad para rebatir, la airosa manera de decir lo suyo propio, que es lo que más importa, porque, aunque lo de ayer sea igual a lo de hoy, el ángulo del observador puede ensancharse cada vez y abrirse a nuevos horizontes.

Cuanto más se aleja la filosofía del espíritu crítico —dice Turro— más semeja obra imaginativa que científica.

El mundo griego, cuya luminaria espiritual sigue encendida a través de los siglos, ha sido el mundo predilecto de don Enrique Molina, pensador y filósofo.

Letamendi dijo que la civilización cristiana era la civilización helénica puesta en gracia de Dios, y alguien le rebatió: «Creo que no, porque nuestra civilización es esencialmente ética, y la griega, falta de espíritu evangélico, nunca lo fué». Pues bien, lo que parece cierto es que la doctrina escolástica no es sino la filosofía aristotélica puesta en gracia de Dios.

Las concepciones griegas sobre la vida, la naturaleza y el mundo; sobre la personalidad humana y los principios religiosos y morales, han entrado en la obra de don Enrique Molina para concretarse en un concepto propio de comentarista sagaz.

¡Con qué buen sentido y con cuánta sutileza penetra en el laberinto de la Escuela Sofista, desenredando la madeja tupida de aquellos primorosos malabaristas de la dialéctica!

Pero Sócrates y Platón son las figuras de primer plano en «La herencia moral de la filosofía griega». Sócrates, la más encumbrada expresión del pensamiento antiguo, razonador inflexible y luminoso, en línea recta hacia la verdad. Platón que, fundiendo su vigorosa personalidad humana con su alta personalidad intelectual y artística en una sola y milagrosa entidad, hace

exclamar a don Enrique Molina: «Nunca con más razón puede decirse que es muchos hombres en uno...»

Su extraordinaria capacidad para evocar ambientes; aprehender ajenos estados de conciencia; penetrar en la psicología y en la sensibilidad del mundo antiguo, que se demuestra en «La herencia moral de la filosofía griega», luce también en sus comentarios sobre dos filósofos contemporáneos—Guyau y Bergson—realizadores de avances espirituales que todavía habrán de asombrar a la mentalidad del porvenir.

¡Con qué comunicativa emoción don Enrique Molina habla de Juan María Guyau, ese hombre suave y atormentado, que vivió la grandeza de su espíritu dentro de la arcilla desmedrada de su cuerpo; y con qué fuerza expresiva representa el combate inexorable que Guyau hubo de afrontar contra la duda y el escepticismo para entregar en seguida, sin abatimiento ni rencores, su hondo mensaje de comprensión humana!

En Juan María Guyau alentaba un poeta, y fué, tal vez, esa fuerza ilusionada la que realizó el milagro de sostenerlo y de encumbrarlo, no en el egolátrico sentido nietzchano, sino en el positivo sentido de exaltación afectiva y de acción, vigorizadas por la inteligencia y el corazón.

Con serena reflexión—su característica habitual—don Enrique Molina comenta el sentimiento religioso a través del filósofo francés y valora las proyecciones de esta cuestión siempre apasionante.

Acaso en problemas como éste, de factores tan múltiples, emanados de la inteligencia, de la sensibilidad y de la profunda y escondida raíz de la vida, sea la intuición de cada uno su riqueza objetiva y la divina gracia de soñar, lo único que valga.

De aquí entonces, que mientras más honda se acusa la inquietud del espíritu y más se adentra en la propia conciencia, el pensamiento resulta menos accesible a la comprensión general, como en el genuino caso de Juan María Guyau.

* * *

Pero, no es análisis de libros lo que hace falta para determinar la fisonomía espiritual de don Enrique Molina, aunque el valor del espíritu aparezca como lo medular en su labor de filósofo. Es el sentido espiritual de su vida, reflejado en su obra, lo que mayormente interesa. Vida en línea recta hacia el Bien y la Verdad, hacia el Amor y la Belleza, que representan las más altas finalidades de la inteligencia y del corazón. La inteligencia expresión culminante de la dignidad humana. El corazón, fuente de amor que enaltece la vida y justifica su razón de ser.

Enrique Molina

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

Mis palabras tienen que ser ante todo una oración de agradecimiento por este acto tan bello y tan honroso para mí, agradecimiento que será el leit motiv de cada frase, animador secreto aunque no se pronuncie.

Hace cerca de dos años tuve el honor de ser recibido en esta misma aula magna como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Incorporé en aquella ocasión mis agradecimientos en un discurso que he llamado «Confesión Filosófica». A las breves frases de ahora, no menos sentidas, no menos derivadas que entonces de una emoción entrañable, quisiera llamarlas «confesión personal», como la mejor expresión de los sentimientos que me embargan y de lo que en una ocasión como la presente pueda corresponder. Desde que supe de esta brillante manifestación,—brillante por el prestigio de las instituciones y corporaciones que la han organizado, por los magníficos números de piano, canto y declamación que hemos podido escuchar y por los oradores, que han tomado parte en ella figuras cimeras de las letras, de la poesía y de la educación en Chile y en América—, me he hallado, os lo declaro francamente, en una especie de íntima beatitud. Ahora, en medio de su realización, después de escuchar los bondadosos conceptos de que he sido objeto y al frente de la distinguida concurrencia que ha venido a darle realce, me siento abrumado.

No voy a dirigirme a vosotros ni en los términos de modestia habitual, que son casi de protocolo en actos de cierto carácter académico como el presente, ni menos aun, libreme Dios, con la suficiencia, rayana en fresca aunque genial petulancia, gastada por un ilustre escritor español que a su monarca, al recibir de sus manos la más elevada condecoración del reino, le dijo más o menos: «No hacéis otra cosa, Majestad, que otorgarme lo que sobradamente merezco». Por mi parte, ni una ni otra actitud. La mía ha de ser de agradecida complacencia y me imagino como muy grato para vuestros espíritus generosos compartir, hacer llegar esos sentimientos al seno de vuestra intimidad.

Al celebrar los cincuenta años de mis actividades docentes e intelectuales habéis con la vara mágica de vuestra benevolencia sacudido mi espíritu y dado a mis recuerdos de los principios de este medio siglo la consistencia de vivencias actuales. Ahí apareció tal vez el surtidor de que se alimentó la corriente de los años venideros, agua que si bien ha podido no ser ni sonora ni abundosa, ha sido constante y clara. Fui en verdad un liceano con muchas distinciones en mis exámenes; pero salí del liceo muy ignorante, sin disciplina y sin hábitos de trabajo. Ah! el liceo de entonces; mi recordado liceo; no faltaban en él profesores dignos, abnegados y competentes, pero su atmósfera general estaba más bien algo desmoralizada y era desmoralizante. Los dos años y medio que pasé en seguida en la Escuela de Derecho de esta Universidad, no obstante

el recuerdo lleno de admiración y afecto que conservo por algunos de mis maestros, no fueron adecuados para curarme de mi falta de voluntad y relajación de carácter. Las clases eran pocas y las exigencias pocas también. Por un incidente casual ingresé al primer curso del Instituto Pedagógico que se abriera en Agosto de 1889. Una conversación al vuelo en un salón de billares con un amigo de la infancia que me dió a conocer el nuevo establecimiento y me instó a que aprovechara sus grandes ventajas me indujo a matricularme en él. En realidad esas ventajas no eran pocas para un estudiante pobre: casa, buena comida y \$ 25 mensuales para el bolsillo, sin perjuicio de poder continuar la carrera en que llevábamos algunos años de estudio. Pero fuera de las ventajas materiales apuntadas, sin duda considerables, resultaron otras imprevistas de un orden superior. Aquí aprendí a dar importancia al carácter y a trabajar con disciplina. Se me abrieron en aquella sazón perspectivas de la cultura y de la vida nacional de que antes no tuviera idea. Ofreciéndoseme la posibilidad del ejercicio de dos profesiones: la de abogado y la de profesor, tenía que optar entre varios caminos. ¿El desempeño simultáneo de ambas? ¿La de abogado sólo? ¿La de profesor sólo? Pronto llegué a la conclusión de que la simultaneidad conduciría a la mala atención de ambas actividades, a hacer del profesorado una especie de salvavidas económico para los primeros procelosos tiempos de la abogacía. El pensamiento de que Chile necesitaba profesores y de que

abogados no le hacían falta selló mi decisión. Sería sólo profesor. Luego en la ciudad en que inicié mis tareas como tal conté entre mis amigos distinguidos magistrados y abogados de gran situación que, interesándose por mi porvenir, me exhortaban a que fuera abogado y me ofrecían su ayuda para darme trabajo. Significaba eso presentarme perspectivas muy tentadoras; pero no me aparté de lo que había resuelto. El tiempo era reducido para hacer las cosas bien; era reducido para prepararse debidamente como profesor y no ser un chapucero. Más escaso aún si se agrega que había que estudiar filosofía, disciplina que por una parte consideraba básica para un educador y, por otra, me atraía como un estudio nuevo que hasta entonces casi no se había cultivado ni en Chile ni en América.

Lo dicho no implica desconocimiento de la significación del derecho como ciencia y en cuanto instrumento indispensable para concretar las aspiraciones de justicia que acucian a los hombres. Prueba de ello es que más tarde con mi título de abogado y por los recodos de la educación y del estudio llegué a desempeñar una cátedra en la Facultad de Ciencias Jurídicas.

Agregad que el pequeño ajetreo político, el hervor de las asambleas, las ambiciones caudillescas y la conducción de ciudadanos como en rebaño a sufragar no me atrajeron. Al contrario; me repugnaron. Es sabido que con la guerra civil de 1891 había terminado la intervención del Gobierno central en las elecciones, pero la había reemplazado la del dinero de los ricos,

audaces o poderosos. Una elección de Diputado costaba algunas decenas de miles de pesos y la de Senador centenares de miles. Qué terrible tragi-comedia resultaba el juego de la democracia. Pero yo era de ideas avanzadas y no podía renunciar a la ilusión de ver en la regeneración del pueblo la meta señalada para alcanzar el mejoramiento de la colectividad toda. Se confirmaba de nuevo la urgencia de la misión educadora. Mas la reforma de una democracia por medio de la educación es un proceso a largo plazo y entre tanto los educadores deben vivir laborando en la sombra, lejos de toda figuración espectacular sin participar de las regalías y disfrutes que ofrecen el poder y las influencias políticas. Así ocurría entonces y así ha seguido ocurriendo, en nuestros días, salvo connotadas excepciones en los últimos tiempos. Por lo que a mí respecta apunto estos hechos sin el menor resentimiento, sin la menor amargura, reconociendo que a quienes se dedican a la educación y a las labores del espíritu la vida no les escatima otras delicadas satisfacciones.

Entre estas no puedo dejar de recordar las que depara el amor a los propios estudiantes; linterna que ilumina los problemas educacionales, dándoles su sentido completo. La educación, como función social, va tras un ideal de solidaridad y cooperación entre los ciudadanos, entre los hombres; pero tiene que ser a la vez, en su esencia animadora, comprensión de la individualidad del educando, respeto a lo que ésta tiene de

núcleo inicial, de chispa insustituible para la evolución colectiva.

He aquí indicados suscintamente los hechos de hace cincuenta años a que habéis dado nueva existencia en mí con actualidad nostálgica. Os debo este milagro, señoras y señores: reanimar mi presente fundiendo en él mi pasado, volver a vivir como si fueran de hoy días sencillos de la distante juventud, revalorizar las puras y espontáneas lucubraciones de un alma que se abría a la vida con la calidad de momentos estelares. Tal ha sido el surtidor de ideas directrices a que me he referido. En el curso de los años la corriente ha seguido esas líneas con perseverancia. No han faltado, por supuesto, las esquivaces de la incomprensión, los dardos de la ineptia o de la mala voluntad, con los consiguientes desengaños y decepciones, pero en estas pruebas he encontrado la norma que nunca falla de que a los contrarios sucesos hay que atacarlos, no directamente, sobre todo si tienen carácter personal, cual de ordinario sucede, sino por el flanco de la propia superación. La memoria suele ser cual prodigiosa criba que cierne los recuerdos: deja pasar los buenos para que abonen el alma y aparta los malos para que no la perturben.

No hace mucho un buen ex discípulo y actual amigo mío me decía: «En verdad, don Enrique, la vida ha sido cruel con usted». Me sorprendió extraordinariamente tal afirmación y se la rechacé en forma perentoria diciéndole de inmediato:— «No, amigo mío,

no diga semejante cosa. Ud. está equivocado, me considero muy afortunado». Pero él continuó con toda calma; «No, don Enrique, usted no ha sido Diputado, ni Senador, ni Ministro, ni Embajador, ni Vicepresidente ejecutivo de ninguna repartición, y me destacó nombres de quienes, según él sin mayores merecimientos habían sido todas estas cosas. Para terminar agregó convencido: «Y esto le ha pasado por no afiliarse en logias ni en partidos políticos».

Era, si queréis, lo que podríamos llamar una valoración corriente y desde este punto de vista sin duda mi amigo tenía razón.

Pero una voz de lo hondo me dijo interiormente que no la tenía, que se hallaba equivocado. ¿Cómo no había de estarlo? Los verdaderos valores, aparte de toda ostentación espectacular, que, nada obsta a que no sean tesoro a la vez de quienes lucen en el mundo, me golpearon el corazón para manifestarme que estaban vivos.

Sin embargo tan solo le insistí a mi amigo en que no repitiera su apreciación porque yo no sentía que la vida hubiera sido cruel conmigo; mas no me detuve a enumerarle las muchísimas compensaciones que me hacían considerarme afortunado. Habría sido, de un lado, entrar en una disertación sobre valores y ciertos valores son tan delicados que, si bien no hay que negarles el sustento de la defensa oportuna, reclaman ante todo, por su naturaleza propia, adoración sin controversias ni

polémicas, con dedicación íntima, con el recato de lo que se quiere profundamente.

Habría sido, por otro lado, entrar en detalles que no encuadraban bien en un diálogo volandero. Qué de recuerdos gratos me asaltaron. Lo que uno debe a sus padres y a otros familiares queridos. Los maestros que me distinguieron y estimularon en la escuela primaria, en el liceo, en esta Universidad y en el Instituto Pedagógico. Los condiscípulos con muchos de los cuales hemos marchado del brazo en las tareas de la vida, compartiendo pesares y alegrías, luchas, esperanzas y desengaños: algunos de ellos almas eminentes y diletas que han ilustrado mi inteligencia y han puesto en mi ser una fecunda levadura de ascensión. Los compañeros de trabajo que son amigos de verdad. ¿Cómo no recordar en este punto las horas decisivas e inolvidables que me ha procurado la Universidad de Concepción que si bien en su existencia ha dado motivos para mucho bregar ha sido ocasión asimismo de bellísimas muestras de cooperación dentro y fuera de ella? Qué de vinculaciones gratisimas, de comprensión elevada y de simpatía mutua, le debo a la vida intelectual, donde no todo es pequeña emulación, según se suele creer. Cuánto debo a mis amigos de la prensa. Todavía los ex discípulos, algunos de ellos ilustres, a quienes he querido como hijos y han correspondido como tales y como amigos, haciéndome sentir las delicias de cariños puros y desinteresados. No hablo de otros amores por no ser esta propiamente una confesión íntima sino tan

solo personal. Por último, *last but not least*, la obsequiosa buena voluntad que siempre he hallado para mis solicitudes en los poderes públicos, en los hombres de gobierno y en los miembros de los cuerpos legislativos donde excelentes amigos y también sobresalientes y queridos ex discípulos me han hecho fáciles y agradables las diligencias que he debido llevar a cabo entre ellos por razón de mis funciones universitarias.

Ya veis. Lo recorrido ha sido como el avanzar por un camino rico en espigas fragantes y nutricias que cortar. Los abrojos, que nunca faltan, han quedado a un lado, ignorados o no, pero sin viciar ni bastardear la esencial cosecha.

Y qué magnífico nuevo haz debo ahora a vuestra bondad. Paréceme que vosotros y yo a vuestro lado formamos en estos instantes una anficiónia espiritual que lleva como enseña los valores auténtica, irrenunciablemente humanos, lo sagrado del trabajo de todo orden, desde el trabajo creador hasta el mantenedor, sobre una base de honradez y rectitud ética insobornables, valores sin los cuales la patria, los pueblos, las razas, la humanidad, pueden tal vez subsistir languideciendo, rodando por la pendiente de la decadencia, sin que los actores mismos por lo común se den cuenta de ella, pero cuyo desconocimiento y negación impiden avanzar sólidamente, vigorosamente en la realización de los destinos del hombre.

Somos miembros de esta anficiónia con una diferencia: Vosotros, nobles organizadores y organizadoras de este acto, vosotros que habéis tenido la gentileza de concurrir a él, sois los dadores. Yo el recibidor, el agradecido, el deudor. El agradecimiento al incubarse en el pecho toma blanduras de simpatías y de afectos, es decir, calores de amor; pero es de su esencia que no pueda quedar totalmente, expresado en palabras. El corazón, tirano insaciable en sus impulsos afectivos, moteja al lenguaje de pobre para dar la nota perfecta de sus latidos emocionales y tal deficiencia no deja de ocurrir en la forma de amor que es la gratitud. De aquí que ésta contenga imperiosamente además una promesa íntima de hechos, un deseo de futuros dinamismos, una voluntad en potencia, un resorte cordial tendido hacia adelante con ansia de servir al bien general y a quienes lo han suscitado.

Os ruego reservar en vuestros recuerdos un lugar cálido a estas expresiones como mensajeras de mis sentimientos y, penetrado yo mismo profundamente de ellos, dejo la palabra, experimentando ya la nostalgia de tener que separarme de vosotros y de estos momentos con que me habéis enriquecido y que serán para mí inolvidables.